

www.puntodelectura.com

**MARIO BENEDETTI**

# Andamios

punto de lectura



**Mario Benedetti** nació en el Paso de los Toros (Uruguay) en 1920. Se educó en un colegio alemán y se ganó la vida como taquígrafo, vendedor, cajero, contable, funcionario público y periodista. Es autor de novelas, relatos, poesía, teatro y crítica literaria. Su obra, más de cincuenta libros, ha sido traducida a veintitrés idiomas. En 1953 aparece *Quién de nosotros*, su primera novela, pero es el libro de cuentos *Montevideanos* (1959) el que supuso su consagración como escritor. Con su siguiente novela, *La tregua* (1960), Benedetti adquiere proyección internacional: la obra tuvo más de un centenar de ediciones, fue traducida a diecinueve idiomas y llevada al cine, el teatro, la radio y la televisión. Por razones políticas, debió abandonar su país en 1973, iniciando un largo exilio de doce años que lo llevó a residir en Argentina, Perú, Cuba y España, y que dio lugar a ese proceso bautizado por él como «desexilio». Ha sido galardonado con, entre otros, el Premio Reina Sofía de Poesía, el Premio Iberoamericano José Martí y el Premio Internacional Menéndez Pelayo.

MARIO BENEDETTI

Andamios

Título: Andamios

© 1996, Mario Benedetti

© Santillana Ediciones Generales, S. L.

© De esta edición: febrero 2008, Punto de Lectura, S.L.

*Torrelaguna, 60. 28043 Madrid (España)* [www.puntodelectura.com](http://www.puntodelectura.com)

ISBN: 978-84-663-1903-4

Depósito legal: B-2.638-2008

Impreso en España – Printed in Spain

Diseño de portada: Pdl

Fotografía de portada: Age Fotostock

Diseño de colección: Punto de Lectura

Impreso por Litografía Rosés, S.A.

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.

*A Roque, Zelmar, Paco, Rodolfo y Haroldo,  
exiliados para siempre en mi memoria.*



*O lugar a que se volta é sempre outro  
A gare a que se volta é outra,  
Ja não está a mesma gente, nem a mesma luz,  
nem a mesma filosofia.*

FERNANDO PESSOA

*y encontré el molde de unos pies  
y encontré luego el molde de un cuerpo  
y encontré luego el molde de unas paredes  
y encontré luego el molde de una casa que era  
como mi casa*

HUMBERTO MEGGET



## Andamio preliminar

Hasta ahora mis novelas habían nacido sin introito, pero ocurre que no estoy muy seguro de que este libro sea una novela propiamente dicha (o propiamente escrita). Más bien lo veo como un sistema o colección de andamios. El *Diccionario de la Lengua Española* (Real Academia Española, Madrid, 1992), incluye entre otras la siguiente definición de *andamio*: «Armazón de tablonos o vigas puestos horizontalmente y sostenidos en pies derechos o puentes, o de otra manera, que sirve para colocarse encima de ella y trabajar en la construcción o reparación de edificios, pintar paredes o techos, subir o bajar estatuas u otras cosas, etc. U. t. en sent. fig.» (Me gustó sobre todo eso de las estatuas.)

Como podrá comprobar el lector, si se anima a emprender su lectura, este libro trata de los sucesivos encuentros y desencuentros de un desexiliado que, tras doce años de obligada ausencia, retorna a su Montevideo de origen con un fardo de nostalgias, prejuicios, esperanzas y soledades. A pesar de ser yo mismo un desexiliado, advierto que no se trata de una autobiografía sino de un *puzzle* de ficción, compaginado merced a la mutación de realidades varias, casi todas ajenas o inventadas,

y alguna que otra propia. Por otra parte, de ningún modo pretende ser una interpretación psicológica, sociológica ni mucho menos antropológica, de una repatriación más o menos colectiva, sino algo más lúdico y flexible: la restauración imaginaria de un regreso individual. El desexiliado de marras no se enfrenta a un conglomerado social ni a un país oficial u oficioso, sino a *su* país personal, ese que llevaba dentro de sí y lo aguardaba fuera de sí. De ahí el inevitable cotejo del país propio de antes con el país propio de ahora, del presente que fue con el presente que vendrá, visto y entrevisto desde el presente que es. El desexiliado, aunque a veces recurra a menciones tangenciales, no se detiene en variaciones políticas o meteorológicas, cotizaciones de Bolsa o resultados futbolísticos, inflaciones o deflaciones, ni siquiera en esperanzas o frustraciones de un electorado fluctuante y todavía inseguro; más bien busca sus privados puntos y pautas de referencia y aquí y allá va comprobando la validez o invalidez de sus añoranzas, como una forma rudimentaria de verificar hasta dónde y desde cuándo su país personal ha cambiado y comprobar que tampoco él es el mismo de doce años atrás. Como bien ha intuido Haro Tecglen, «el estado actual de la democracia es la imperfección. A veces —muy pocas— alcanza la gracia; cuando los ciudadanos adictos la aceptan como imperfecta y asumen que es un régimen en construcción continua cuyo edificio jamás estará terminado: un sistema sin final posible». Conforme. Todo «régimen en construcción continua» precisa de andamios, y más aún si «jamás estará terminado».

En ese contexto, cada capítulo de este libro puede o quiere ser un andamio, o sea un elemento restaurador,

a veces distante de los otros andamios. Algunos de éstos se sostienen (Academia *dixit*) «en pies derechos [¿por qué no izquierdos?] y puentes» del pasado, mientras que otros inauguran nuevas apoyaturas. Todo ello anotado con la irregularidad y el picoteo de temas y criaturas que convoca la explicable curiosidad o la tímida emoción del regresado.

No piense el lector que aquí le endilgo de contrabando una reseña (auto)crítica, ni mucho menos una parrafada de autopromoción. Todo lo contrario. Se trata simplemente de avisarle, francamente y desde el vamos, que aquí no va a encontrar una novela *comm'il faut* sino, a lo sumo, una novela en 75 andamios. (Como por desgracia suele ocurrir en los soportes de madera y hierro, desde estos otros, más o menos metafóricos, puede suceder que algún personaje se precipite en un vacío espiritual.) Ahora bien, si los andamios, reales o metafóricos, no le interesan, le aconsejo al lector que cierre el libro y salga en busca de una novela de veras, vale decir de tomo y lomo.

M. B.

*Montevideo-Buenos Aires,  
Madrid-Puerto Pollensa,  
1994-1996.*



Fermín movió lentamente el vaso de grapa con limón y luego lo situó a la altura de sus ojos, para mirar, a través de esa transparencia, el rostro distorsionado de Javier.

—Parece mentira. Casi una hora de carretera, no siempre impecable, con el correspondiente y abusivo gasto de nafta, nada más que para tener el honor de conversar un rato con el ermitaño que volvió del frío.

—Del calor, más bien.

—Veo que no has perdido la vieja costumbre de enmendar mis lugares comunes, que, por otra parte, siempre han sido mi fuerte. La verdad, Javier, no comprendo por qué, desde que volviste, te has recluido en esta playa de mierda.

—No tan recluido. Dos veces por semana voy a Montevideo.

—Sí, en horas incómodas, cuando todos estamos laburando. O durmiendo la siesta, que es uno de los derechos humanos fundamentales.

—Ya sé que ustedes no lo entienden, pero necesito distancia, quiero reflexionar, tratar de asimilar un país que no es el mismo, y sobre todo comprender por qué yo tampoco soy el mismo.

—Quién te ha visto y quién te ve. De insumiso a anacoreta.

—Nunca fui demasiado insumiso. Al menos, no lo suficiente.

—¿Vas a seguir solo? ¿No pensás traer a Raquel?

—Eso terminó. Aunque te parezca mentira, el exilio nos unió y ahora el desexilio nos separa. Hacía tiempo que la cosa andaba mal, pero cuando la disyuntiva de volver o quedarnos se hizo perentoria, la relación de pareja se pudrió definitivamente. Quizá «pudrió» no sea el término apropiado. Tratamos de ser civilizados y separarnos amigablemente. Además está Camila.

—¿Por qué Raquel quiere quedarse? ¿Qué le ha brindado España? ¿Por qué permanecer allí es para ella más importante que seguir contigo?

—Aquí lo pasó mal.

—¿Y vos no?

—Yo también. Pero reconocí que hay una diferencia entre pasarlo mal por lo que vos hacés y pasarlo mal por lo que hizo otro. Y para ella ese otro soy yo.

—Vamos, Javier. No me vendas ni te vendas tranvías. Ni carretas de bueyes. Justamente a mí, que me sé de memoria tu currículum. A ver, confesate con este sacerdote. ¿Qué fue eso tan grave que hiciste?

—Sólo pavadas. En cana, propiamente en cana, estuve apenas quince días, y no lo pasé tan mal. Pero en el libro de los milicos figuro siete veces. Conversaciones telefónicas, algún articulito, firmas aquí y allá. Pavadas, ¿no te dije?

—¿Y Raquel?

—Raquel nada. La interrogaron tres veces. Le preguntaban sobre mí, pero a esa altura yo ya estaba fuera del país, al principio en Porto Alegre, luego en España. Muerta de miedo, la pobre. Y sin embargo los convenció de que lo ignoraba todo. La verdad es que efectivamente lo ignoraba. Quizá por eso los convenció. En cambio nunca la pude persuadir (a ella, no a la policía) de que yo no era un pez gordo, sino una simple mojarrita. Más aún, siempre creyó que yo no le confesaba mis notables misiones secretas, simplemente porque no confiaba en ella. Ahora bien, esa crisis pasó; fue difícil, pero pasó. Muy pronto nos sentimos felices por estar a salvo. Y poco después más felices aún, porque quedó embarazada, y todavía más cuando, precisamente el día que nació la nena, conseguí por fin un trabajo casi decente. No obstante, aquella vieja sospecha había quedado sin resolver. Más de una vez estuve a punto de mentirle, de inventar cualquier historia heroica que le sonara a verosímil, pero no pude. Pensé que algún día se enteraría e iba a ser mucho peor. Y además me pareció una falta de respeto hacia aquellos que sí habían arriesgado mucho. Además, en Raquel hay otro elemento que también cuenta: no tiene confianza en la invulnerabilidad de esta democracia, cree que en cualquier momento todo puede desmoronarse y no se siente con ánimo para empezar, de nuevo y desde cero, otro recorrido de angustias. Si antes fue difícil, me decía, imagínate ahora que somos doce años más viejos.

Fermín se inclinó para dejar el vaso sobre el caminero de yute y luego se acercó al ventanal. Por entre los pinos se filtraba un sol decreciente y también un trozo de la playa, totalmente desierta.

Desde su rincón de sombras preguntó Javier:

—¿Realmente te parece una playa de mierda?

—En invierno todas las playas me parecen de mierda. ¿A vos no?

—A mí me gustan en invierno casi más que en verano.

—Confirmado: anacoreta.

—Aquí podés pensar. Y es bárbaro. Casi había perdido esa costumbre y recuperarla me parece un milagro.

—No me digas que en Madrid no pensabas.

—Sólo lo imprescindible. Pensamientos cortitos, como telegramas. Miniaturas de reflexión. Apenas para salir del paso y hacerle un regate al estrés.

—¿Regate?

—Moña, *dribbling*, finta. Eso que, según dicen, hacía Julio Pérez, allá por los cincuenta.

—Ah. La próxima vez traeré un traductor.

—Mirá, Madrid es una ciudad lindísima, pero sería realmente maravillosa si la trasladaran a la costa. Es muy deprimente no ver nunca el mar.

—Aquí es río. No lo olvides.

—Ése es un mote histórico. Ridículo, además. Para mí es mar y se acabó. Vos, nacido y criado en Malvín, ¿dijiste acaso o pensaste alguna vez que vivías frente al río? Siempre te oí decir que tus ventanas daban al mar.

—Eso es semántica y no geografía.

—Pues a mí me gusta el mar semántico.

La risa de Fermín culminó en un estornudo ruidoso.

—¿Lo ves? Tengo alergia a las playas invernales.

—¿Querés que te preste un saco de lana?

—No. También soy alérgico a la lana. Y a los gatos. Y al musgo. Y al viento norte. Y al catecismo. ¿O ya no te acordás?

—Me acuerdo, sí. Pero has nombrado seis, y antes eran siete alergias, ¿no? Tantas como pecados capitales. ¿No habrás omitido por ventura la alergia al imperia-  
lismo?

—Ah, los viejos tiempos. Qué memoria, che. Esa alergia ya pasó de moda.

—Salvo cuando es incurable.

—Hermano, tenés que ponerte al día. Democracia es amnesia, ¿no lo sabías?

Se acercó a Javier y lo abrazó.

—Me hace bien hablar contigo. Anacoreta, o más bien *Anarcoreta*, me alegro de que hayas vuelto. Debo tener los ojos llorosos, ¿verdad? No sé si será por el estornudo o por tu regreso. Digamos que por ambas provocaciones.

Javier, para disimular su propia vulnerabilidad, se dedicó a servir otras dos grapas.

—Éstas van en estado de pureza. Se me acabaron los limones.

—¿Y allá qué tomabas?

—Fino. O sea jerez. Lo más parecido a la grapa es el orujo. Son casi iguales. La verdadera diferencia es la que media entre «grapa en Montevideo» y «orujo en Madrid». El contexto, que le dicen. Preferí habituarme al jerez, que no admite falsos cotejos y además no desfonda el hígado.

—Ahora decime, con franqueza: ¿cuándo te empezó la nostalgia, o al menos una nostalgia tan compulsiva como para que rompieras con Raquel?

—Ruptura no es la palabra. Implica violencia, y lo nuestro fue más suave. Doloroso sí, pero suave. Son muchos años de querernos, y querernos bien. Digamos separación.

—Digamos separación, entonces. Replay: ¿cuándo te empezó la nostalgia?

—Fueron varias etapas. Una primera, ésa en que te negás a deshacer las maletas (bueno, las valijas) porque tenés la ilusión de que el regreso será mañana. Todo te parece extraño, indiferente, ajeno. Cuando escuchás los noticieros, sólo ponés atención a los sucesos internacionales, esperando (inútilmente, claro) que digan algo, aliguito, de tu país y de tu gente. La segunda etapa es cuando empezás a interesarte en lo que sucede a tu alrededor, en lo que prometen los políticos, en lo que no cumplen (a esa altura ya te sentís como en casa), en lo que vociferan los muros, en lo que canta la gente. Y ya que nadie te informa de cómo van Peñarol o Nacional o Wanderers o Rampla Juniors, te vas convirtiendo paulatinamente en forofo (*bincha*, digamos) del Zaragoza o del Albacete o del Tenerife, o de cualquier equipo en el que juegue un uruguayo, o por lo menos algún argentino o mexicano o chileno o brasileño. No obstante, a pesar de la adaptación paulatina, a pesar de que vas aprendiendo las acepciones locales, y ya no decís «vivo a tres *cuadras* de la Plaza de Cuzco», ni pedís en el estanco (más o menos, un *quiosco*) una caja de fósforos sino de *cerillas*, ni le preguntás a tu jefe cómo sigue el botija sino el *chaval*, y cuando el locutor dice que el *portero* (o sea el golero) «*encajó* un gol» sabés que eso no quiere decir que él lo hizo sino que se lo hicieron;

cuando ya te has metido a codazos en la selva semántica, igual te siguen angustiando, en el recodo más cursi de la almita, el goce y el dolor de lo que dejaste, incluidos el dulce de leche, el fainá, la humareda de los cafés y hasta la calima de la Vía Láctea, tan puntillosa en nuestro firmamento y, por obvias razones cosmogónicas o cosmográficas, tan ausente en el cielo europeo. No obstante, *as time goes by* (te lo dice Javier Bogart) por fin se borran las vedas políticas que te impedían el regreso. Sólo entonces se abre la tercera y definitiva etapa, y ahí sí empieza la comezón lujuriosa y casi absurda, el miedo a perder la bendita identidad, la coacción en el *cuore* y la campanita en el cerebro. Y aunque sos consciente de que la operación no será una hazaña ni un jubileo, la vuelta a casa se te va volviendo imprescindible.

—Mirá lo que son las cosas. Mientras vos te enfrentabas allá con tus nostalgias completas, yo y unos cuantos más estábamos aquí locos por irnos.

—Siempre andamos a contramano.

—Nada es fácil.

—Nada. En mi caso particular, reconozco que, pese a toda mi obsesión por volver, no habría podido hacerlo sin ese golpe de suerte que me desenredó el futuro.

—¿De qué tío abuelo heredaste?

—¡Cómo! ¿No sabías que gané un montón de pasta (o sea de guita) con la pintura?

—¿Pintor vos? ¿De cuadros o de paredes?

—Cuadros. Pintados por otros, claro. Te cuento. Durante un tiempo estuve trabajando en una empresa de importación/exportación. Y como me defiendo en varios idiomas (inglés, francés, italiano), me mandaban con

cierta frecuencia a otros países europeos. Una tarde, en Lyon, me topé con un mendocino (no lo conocía de antes, pero resultó que era amigo de otro amigo al que sí yo conocía) y fuimos a cenar a un restorán chino. Hacía como ocho años que él vivía en Francia, no en Lyon sino en Marsella. ¿Sabés con qué se ganaba la vida? Pues vendiendo en Francia cuadros de pintores que conseguía por ahí, en otros países europeos; pintores franceses poco menos que desconocidos en el exterior pero sí valorados en las galerías de París o Marsella. Los compraba por una bicoca, y luego los vendía a muy buen precio en Francia. Y fue generoso, me prestó la idea: «¿Por qué no te dedicás a algo así, pero con pintores españoles? A mí dejame los franceses, ¿eh?». Creo que no fue una operación consciente, pero es obvio que el plan del mendocino me quedó archivado en el disco duro del marote. Al poco tiempo la empresa me envió a Italia y fue mi primer viaje exploratorio. En los ratos libres empecé a hurgar, no en las elegantes galerías de Via Condotti o Via del Babuino sino en las ferias y en los pseudoanticuarios de baja ralea, cuyos propietarios a veces ni se enteran de alguna que otra maravilla, perdida en medio de su caos. Por supuesto, era como buscar una aguja en un pajar, pero esa vez el azar me llevó de la mano hasta un óleo que estaba arrinconado y cubierto de polvo. Me acerqué porque me pareció un Blanes Viale. Pero me equivoqué. Era un paisaje costero y en el ángulo inferior izquierdo la firma era legible: H. Anglada Camarasa. Desde la primera vez que había visto en Puerto Pollensa un cuadro de este pintor (nacido en Barcelona, 1871, pero residente por treinta y tres años en Mallorca), me convertí en un fiel

adicto a su pintura, de modo que conocía bien su estilo y sus modalidades, bastante cercanas por cierto a Blanes Viale. Para no despertar las sospechas del desenterado propietario, adquirí aquel Anglada junto con dos porquerías, que abandoné tres cuadras más adelante en un contenedor de basura. El precio del paisaje era irrisorio. Una vez en el hotel, le quité el marco, con bastantes dificultades pude enrollar la tela y finalmente la metí en un tubo. No volé directamente a Madrid sino a Palma de Mallorca, que es donde más valoran las obras de Anglada. Tengo allí varios amigos (incluido un compatriota), que están bien relacionados con el mundo del arte. A todos les sorprendió el hallazgo. Al parecer era un cuadro al que se le había perdido la pista. En veinticuatro horas consiguieron un comprador, y, previo el pago de comisión al intermediario, pude embolsarme el equivalente a casi veinte mil dólares. Ése fue el comienzo. De a poco me fui convirtiendo en un especialista en Anglada Camarasa (en Palma hay un museo estupendo con buena parte de su obra) y tan buen resultado me dio ese filón, que poco tiempo después, y aunque Raquel me repetía hasta el cansancio que era una locura, dejé mi empleo y me dediqué con ahínco a la pesquisa de sus obras. Mi campo de operaciones siguió siendo Roma, aunque luego lo amplí a Nápoles, Salerno y hasta a Palermo. Siempre con Anglada. Fui vendiendo los cuadros no sólo en Mallorca sino también en Barcelona y Madrid. En Florencia hallé asimismo (y eso sí fue una sorpresa) un Blanes Viale, pero ése no lo vendí en Mallorca sino que lo traje conmigo a Montevideo y aquí encontré un barraquero interesado. Por desgracia, nunca encontré un

Klimt polvoriento e ignorado, pero reconozco que mi afición por Anglada me proporcionó un buen capital. Pude hacer algunas seguras y rendidoras inversiones. Ahí nomás organicé el despegue. Raquel y yo tuvimos una ardua e interminable confrontación. No quiso volver. Por nada del mundo. Quizá encontró por fin el pretexto válido para terminar con una situación que estaba pudriendo nuestra convivencia. Dividimos la guita, de modo que en ese aspecto me quedé tranquilo. Pudo comprar un apartamento y no pasarán apuros, ni ella ni Camila. Además, animada por mi éxito, Raquel abrió una galería de arte y le va bien. Desde aquí la ayudaré, siempre que pueda. Y en las vacaciones me mandará a Camila. Por otra parte, quedó establecido que nos escribiríamos regularmente y con toda franqueza.

—¿Y cuál es tu proyecto?

—La casa de Montevideo la perdí, por razones obvias, pero me queda ésta. Como ves, no se deterioró demasiado, gracias a que en todos estos años la ocupó un matrimonio amigo, que justamente ahora se radicó en Florianópolis. Así que vivienda, la tengo segura. Ya sabés que instalé un videoclub en Punta Carretas, más para ayudar al hijo de un amigo (el flaco Rueda, ¿te acordás?) que para sacar algún provecho. Y eso anda bastante bien. Habrás visto que todos los videoclubes trabajan casi exclusivamente con dos ramas: violencia pornográfica o pornografía violenta. No son sinónimos, tienen matices que los diferencian. Pues bien, pensé que una ciudad como Montevideo, que tuvo hace treinta o cuarenta años una buena y exigente cultura cinematográfica, no podía

haberla perdido por completo. Y entonces abrí un videoclub nada más que de buen cine. No hicimos publicidad (el negocio no da para tanto) pero se fue corriendo la voz y estamos trabajando cada día mejor. Voy dos veces por semana, normalmente los viernes y los sábados, porque en esos días el botija Rueda y su noviecita no dan abasto. Ahora trabajan con más comodidad y eficacia, porque les instalé una computadora. Es estimulante ver cómo la gente llega preguntando por Fellini, Visconti, Bergman, Buñuel, Welles, etcétera, y (ahora que por fin somos latinoamericanos) también por Gutiérrez Alea, Glauber Rocha, Leduc, Arístarain o Subiela. Tenés que ver la reacción (para mí, inesperada) de algunos chicos, que nunca habían visto *La strada*, *El ciudadano*, *El verdugo* o *Umberto D.* Me alegra que eso les guste y hasta les asombre. Más aún: algunos de ellos se enfrentan al blanco y negro casi con la misma curiosidad que tuvieron nuestros viejos cuando se enfrentaron al tecnicolor de Natalia Kalmus.

—O sea que sos un *boom*.

—Algo mucho más modesto: un nostálgico del buen cine.

—¿Y con esa nostalgia te alcanza para vivir?

—Con eso, más algo de intereses de lo que quedó después de la partición. También conseguí una corresponsalía para el Río de la Plata de una agencia de segunda categoría, radicada en Madrid. No pagan bien, pero tampoco exigen mucho. Y me sirve para no perder la mano periodística. Además, tené en cuenta que viviendo aquí no pago alquiler. Ni tengo auto. Viajo en ómnibus, que me deja a una cuadra.

—Seré curioso. Esta franja de la costa ¿no se llamaba antes El Arrayán?

—Sí, pero a la compañía que adjudicaba los solares le pareció una etiqueta poco vendedora. Algún gerente debe haber pensado que aquí nadie sabe qué es un arrayán, y el muy tarado lo cambió por Nueva Beach. Al parecer, inicialmente, estuvieron barajando otros nombres como South Beach y New Beach, pero un último escrupulo les hizo no perder del todo la raíz hispánica y le pusieron Nueva Beach.

—Que suena como el culo.

—Y ni siquiera somos originales. En España irrumpió en el mercado una nueva cerveza que lleva como distintivo: New Botella.

—¿Te has relacionado con los vecinos?

—No demasiado. Esto no es una casa de apartamentos. Y menos aún en invierno. Hay gente que vive aquí todo el año pero otros llegan sólo los fines de semana, y si el tiempo está malo, ni siquiera eso. Además, sólo hace dos meses que me instalé. Con todo, a veces converso un rato con la pareja de jubilados que vive al lado, en esa casita con techo de tejas. Parecen buena gente. Entre otras cosas, me van a conseguir un perro. Aquí es indispensable. Tengo ese muro, que por lo común desanima a los rateros adolescentes, pero no a los verdaderamente idóneos. Claro que esto no es Carrasco, aquello les atrae más. Por suerte.

Fermín bostezó con cierta rara pujanza. Como si el bostezo formara parte de una calistenia.

—No es que tenga sueño ni que me aburra. Es la jodida hora del ángelus.

—¿Te bajó la tristeza?

—Vamos, che. Ni que fuera la regla.

Fermín se levantó y se puso a mirar el único cuadro que decoraba la pared del fondo.

—¿Éste también forma parte de tu cosecha italiana?

—Sí, es un Anglada. Lo conseguí en Milán. Perteneció a la serie «Rayo de sol. Bahía de Pollensa.» Después de que pasaran tantos por mis manos, me hice este regalo. Por suerte es un óleo sobre tela y no sobre tabla, y por eso me resultó más fácil de trasladar. Lo elegí por dos razones: una, que me encanta como pintura, y dos, que reproduce la bahía de Pollensa, en Mallorca, uno de los lugares de España que siempre he preferido.

Por primera vez se produjo un silencio prolongado. Desde la costa llegó, amortiguado por la distancia, el graznido de alguna gaviota rezagada.

—La semana pasada —dijo de pronto Fermín— tuvimos una reunioncita en lo del viejo Leandro. Te adelantó que varios de los que asistieron, incluido el viejo, expresaron su intención de visitarte. No sé si lo harán en barra o de a uno, pero van a venir: Sonia, Gaspar, Lorenzo, Rocío.

—¿Conspirando otra vez?

—No, viejo. Eso se acabó. Pero quedó algo, algo que nos une. A veces recordamos. Cosas. Cositas. Peliagudas cositas. Nos animamos, nos reímos un poco. De pronto nos cae la tristeza. Como en esta jodida hora del ángelus. Pero el problema es que la tristeza nos cae a cualquier hora. Tenemos ángelus del desayuno, ángelus del mediodía y ángelus del ángelus. No te niego que es bueno saber que estamos vivos y a salvo. ¿A salvo? Es un

decir, comentaría el escepticismo de tu Raquel. Siempre hay un auto quemado, una cruz gamada en algún muro, simples recordatorios de que están ahí, probablemente leyendo el horóscopo para ver si vuelven los tiempos propicios.

—Tengo muchas ganas de ver a todo el grupo. Pero no sabía cómo localizarlos. Intenté algunas llamadas a viejos números. Pero responden voces extrañas. Ni siquiera sabía si se habían ido, si se habían quedado o si habían vuelto.

—Sonia estuvo dos años en Mendoza. Gaspar consiguió un trabajo en San Pablo. Pero ya hace un tiempo que volvieron. Leandro, Rocío y Lorenzo no se fueron. Yo también me quedé. Justamente estuvimos hablando de esos años fuleros. Un repaso de la historia más o menos patria. Si habíamos hecho bien o mal en quedarnos. O en irnos. A esta altura, quienes nos quedamos creo que hicimos mal. Al menos nos habríamos librado de la cana y de todo lo que ella trajo consigo. Pero no todos piensan así. Nosotros no, pero hay quienes hasta reciben mal a los que regresan. Quizá sea, en el fondo, una forma oblicua de reconocer que ellos también debieron irse.

—¿Cómo está Rocío? ¿Se ha repuesto?

—Bastante. Es una tipa muy vital. Pero diez años de cana son muchos años. Nunca habla de esa temporada más bien horrible. Ni nosotros se lo preguntamos. Hicieron todo lo posible por reventarla, por enloquecerla. Y ella aguantó. Pero nada de eso sucede en vano.

—¿Y vos?

—¿Yo? A mí tampoco me gusta recordar.

—Tenés razón. Disculpame.

—No importa. Con vos no importa. Físicamente salí mal, con un diagnóstico de cáncer, ¿sabés? Muchos salimos de allí con esa etiqueta. Los médicos dicen que, en la mayoría de los casos, es una consecuencia de las biabas, que fueron muchas y muy perfeccionistas. Desde entonces he estado en tratamiento y parece que el proceso se ha detenido. En realidad, me siento bien. Volví a dar clases en Secundaria. El trabajo siempre ayuda. Ver diariamente los rostros de los pibes, más inocentes de lo que ellos creen, eso me estimula. Siempre se puede hacer algo, inculcar alguna duda saludable, sembrar una semillita, eso sí, todo con mucho cuidado. Como sabés, doy literatura, y afortunadamente los clásicos siempre fueron bastante subversivos. El Siglo de Oro, especialmente, es una jauja. Me encantan esos tipos, los esquives que le hacen a la censura y otras inquisiciones. El día que volví a dar clases, empecé, en homenaje a Fray Luis: «Decíamos ayer...».

—¿Y Rosario?

—Ahora estamos bien. Pero te confieso que también en ese aspecto la reinserción no fue fácil. Diez años son diez años. Dejaron huellas. En ella y en mí. Aunque te parezca mentira, creo que tuvimos que reenamorarnos, empezando ahí también desde cero. O desde menos cinco. Porque Rosario es otra y yo soy otro. Por suerte, desde ambas otredades volvimos a gustarnos. Con los chicos fue más difícil. Fijate que, cuando me llevaron, Dieguito tenía cinco años y cuando salí tenía quince, todo un hombre. Muchos besos, muchos abrazos, muchas lágrimas, pero te das cuenta de que en el fondo sienten que los abandonaste. Aunque comprendan el motivo y hasta

lo compartan. Pero los abandonaste. Diez años de abandono. Es demasiado. El verano pasado decidí tomar el toro por las guampas. Era una noche cálida, serena, llena de estrellas, con sólo los gatos maullando de amor. Me llevé al botija a la azotea y allí, iluminados por una luna veterana, todo fue más fácil. Yo admití mi responsabilidad, mi tronco de culpa, y él asumió su incompreensión, su astilla de egoísmo. Fue lindo. Desde entonces, todo va mejor. Así y todo, noche a noche me aturde con su rock imposible. Pero ahí no me meto. Cada uno es dueño de su propia catarsis y de sus propios tímpanos. Lo malo es que aporrea los tímpanos ajenos, incluidos los de este servidor, y mi catarsis huye despavorida.

—No sé si es bueno que no hablemos del pasado entre nosotros, porque, de lo contrario, ¿con quién vamos a hablar? Tengo la impresión de que para los chicos de ahora somos cliptodontes, seres antediluvianos. En España, por ejemplo, ya casi no se habla del franquismo. Ni a favor (salvo uno que otro taxista) ni en contra. La derecha no habla a favor, porque ha aprendido de apuro un dialecto más o menos democrático y, en un momento en que tiene la obsesión de ser centro y de privatizarlo todo, hasta a Jesucristo, no quiere que le recuerden su querido apocalipsis. En cuanto a la izquierda, cierta parte no habla en contra para que no la tilden de rencorosa o vengativa, pero otra porción se calla porque también se ha encandilado con el centro. Hay tantos marxistas que reniegan de Marx como cristianos que abominan de Cristo. John Updike cuenta en su autobiografía que a su abuelo, todo un erudito, la familia le tomaba el pelo diciendo que «sabía estar callado en doce idiomas». Pues

bien, ahora ha proliferado otro tipo de silenciosos, que saben estar callados en tres o cuatro ideologías.

—Te retruco con Borges, que si bien dijo muchas lúcidas gansadas a lo largo de su ceguera, las fue compensando con visiones geniales como ésta: «Una cosa no hay, y es el olvido».

—Es cierto, ¿pero te has preguntado de qué sirve no olvidar? Después de todo, a Borges le era más fácil porque, como buen ciego, vivía y sobrevivía gracias a su memoria, que precisamente es el no olvido.

—Te confieso que a mí me sirve no olvidar. Es una zona triste, lúgubre, pero imprescindible. Lo peor que podría sobrevenirme es una amnesia.

—A veces hablás como un personaje de Henry James que hubiera leído al primer Onetti.

—Algo cronológicamente imposible.

—Y por eso más sabroso.

—*Ego te absolvo.*

No recordaba haber visto un horizonte dibujado con tanta nitidez. Como trazado con un tiralíneas. Así, desierta, la playa tenía cierta dignidad. Entre la costa vacante y la lejanía, un poco más acá del horizonte, la procesión de toninas giraba sobre sí misma. Javier aspiró con fruición aquel aire salitroso. Y, casi sin proponérselo, empezó a bajar. A bajar por la pendiente de la memoria.

En otra playa, más al Este, quizá con una franja más ancha de arena y con un horizonte no tan finamente trazado, con treinta años menos, claro, había conocido a Raquel. Bien instalada en la adolescencia, con un aura de virginidad que todavía se usaba a mediados de los sesenta, discretamente custodiada por hermanos y hermanas, primos y primas, y no demasiado consciente de su desbordante simpatía y de su cuerpo recién acabado de moldear, nerviosa cuando se recogía el pelo negro y tranquila cuando se sabía mirada y admirada por los codiciosos fornidos de fin de semana, Raquel tenía un modo casi melancólico de coquetear. Cuando se desplazaba entre las dunas, lo hacía muy derecha, sin bambolear el trasero como sus primas querendonas ni acariciarse morosamente los muslos con el pretexto de quitarse la arena.

Miraba y frecuentaba a los muchachos casi como otro muchacho, pero era consciente de que ellos sabían establecer la diferencia. La institución del *topless* era todavía algo inconcebible, pero imaginar lo medianamente oculto era un estimulante ejercicio y una constante revelación, de modo que cada uno de los atléticos mirones creaba su visión personal de aquellos pechitos candorosos, apenas cubiertos por una malla verde que hacía juego con sus ojos esmeralda y esbozaba, con dos leves promontorios, los pezones prematuramente enhiestos.

Frente a ese despliegue de seducción e inocencia, Javier había empezado a enamorarse. No obstante, se resistía todo lo que podía, ya que estaba convencido de que Raquel no le concedía la menor importancia, y que, en todo caso, era Marcial (un musculoso que años después iba a consagrarse vicecampeón nacional en 400 metros llanos) quien recibía sus muestras de atención. Javier acabó archivando sus secretas pretensiones cierta luminosa mañana en que asistió por azar a un encuentro no programado del musculoso y la bella. Ambos estaban junto a la orilla, apenas a dos metros de Javier. El agua mojaba los grandes y toscos pies de Marcial y los breves y perfectos de ella, y cuando el futuro vicecampeón preguntó, entrador: «¿Qué te pasa que hoy estás tan linda?», ella enrojeció tan visiblemente que Javier sintió que el ánimo le bajaba hasta los meniscos, y, simulando indiferencia, se puso a caminar con parsimonia, como si intentara pisar las olitas que morían entre cantos rodados. De vez en cuando recogía alguno y lo arrojaba al mar con toda su fuerza, como quien se desprende de ilusiones, de sentimientos, de algo así.

Dos gaviotas que desfloraron su soledad y quebraron la mansedumbre del crepúsculo, tironearon de nuevo a Javier hasta su presente de recién regresado. Pensó en otra (o la misma) Raquel, la que había quedado en Madrid. Sintió frío en los hombros, en el estómago, en las rodillas. Las mujeres, las pocas mujeres de su vida, le habían dado calor, y ahora echaba de menos esos brazos, esos vientres, esos labios, esas piernas.

—¡Javier! ¡Javier!

A Javier le pareció que el llamado procedía de un grupito que estaba junto al quiosco, en Dieciocho y Convención, pero le costó individualizar al gritón. Sólo cuando un tipo de campera y boina alzó y agitó los brazos, pudo reconocer la corpulencia de Gaspar, pero éste ya se acercaba corriendo.

—¡Cretino! Menos mal que te encuentro en la calle, porque al parecer no frecuentás a los amigos de antaño. Ya me contó Fermín que estás viviendo en una playa insulsa, más solitario que una ostra viuda.

Sólo cuando pudo desprenderse del abrazo constrictor del amigo reencontrado y sobre todo cuando comprobó que no le había quebrado ningún hueso, Javier estuvo en condiciones de festejar lo de la ostra viuda.

—En España dicen más solo que la una.

Gaspar lo miró con detenimiento, como verificando las huellas que diez años de exilio habían dejado en el viejo compinche.

—Te conservás bastante bien, Malambo. Siete u ocho canas y nada más. Se ve que el duro caviar del exilio te sentó divinamente.

—No jodas.

—¿A que no sabés qué miraba toda esa gente? En esta esquina siempre se instalan dos tipos con el jueguito de la mosqueta. Hoy la candidata fue una pobre vieja. Le birlaron quinientos. De los nuevos. Esta semana no comeré, dijo la veterana, pero no lloró. Más bien asumió su puto destino, o sea su inocencia y/o bobería, con la misma entereza que una heroína de Sófocles o del Far West. Casi lloro yo por ella.

—Vos también te mantenés en línea. Se ve que el tierno churrasquito doméstico te sentó bárbaro.

—Te dolió, ¿eh?, lo del caviar. No me hagas caso. Yo también me las tomé. Estuve un par de años en Brasil. No me fue mal. Los fotógrafos siempre somos necesarios. Alguien tiene que retratar a los políticos con la boca abierta, eso siempre les da bronca. Y yo me he vuelto un especialista. Se les ve hasta la campanilla.

Como disculpa y para anular todo rencor, un nuevo abrazo. Esta vez sí creyó Javier que el buen amigo le había roto una costilla, pero fue una falsa alarma.

Ambos tenían tiempo disponible, así que decidieron meterse en el Manhattan. Había que ponerse al día. Gaspar pidió un cortado y un sándwich caliente; Javier, una cerveza y dos porciones de fainá. De la orilla, por favor.

—El fainá fue siempre una de mis nostalgias y no había caviar que compensara su ausencia. En Madrid no se consigue harina de garbanzos. Una vez estuve a punto de obtenerla, pero sólo a punto. Supimos que viajaba a España un primo de Raquel. Le pedimos que nos trajera un kilo. Y lo trajo. Pobre desgraciado. En Barajas un

funcionario llenapelotas, de esos que se saben de memoria la Ley de Extranjería, le revisó el equipaje y creyó que aquello era cocaína. Imaginate: un kilo de blanca, en estado de pureza, toda una fortuna. Para peor el viajero era joven, algo imperdonable. Menos mal que llamaron a uno de la Técnica y este bendito había oído hablar del fainá y por ende de la harina de garbanzos. Incluso hizo gala de su cultura culinaria: algo así como lo que en el sur de Italia llaman la torta de *cece*, ¿no es verdad? Y por fin el primo pudo pasar. Es claro que nunca más pedimos que nos trajeran esa mala imitación de la coca. Para colmo, cuando Raquel se puso a hacer fainá, algo anduvo mal y se le quemó en el horno. Hice entonces una mala broma, que no fue bien recibida por el primo: che, ¿sería efectivamente harina de garbanzos?, ¿estás seguro de que no era coca?

—A propósito, me dijo Fermín que vos y Raquel...

—Sí.

—Lástima, ¿no?

—Sí.

Javier no estaba en ánimo de explicar a todos sus amigos, uno por uno, cuál era su situación conyugal.

Por su parte, Gaspar advirtió que no era el momento de profundizar en el tema. El propio Javier lo extrajo del pozo.

—¿Y vos? ¿Qué hacés ahora? Por el alarido que pegaste hace un rato, me pareció entender que ya no estás en la clandestinidad.

La potente risotada del otro hizo que el cajero mirara, azorado.

—¿Te acordás de aquella etapa delirante? Cuando íbamos a lo del Neme.

—Decíamos Neme como si se tratara de un *nom de guerre*. Y se llamaba Nemesio. ¿Quién se llama Nemesio en estos días?

—Sí, ¿quién se llama Nemesio tras la caída del Muro?

—Y tras la guerra del Golfo.

—Y el asedio a Sarajevo.

—Y las masacres de Ruanda.

—Y la IV Cumbre de Cartagena.

—Y la V de Bariloche.

—Y el ocaso de la *ch* y la *elle*.

—Y la defensa patriótica de la *eñe*.

—Y los dos pases del siglo: Maradona a Boca y Hugo Batalla al Partido Colorado.

—Y el supermercado del condón.

—¡Baaaasta!

—Bueno, basta. Pero cuando nos citábamos en lo del Neme, allá en el Prado, había que tomar un taxi, luego un autobús, después otro taxi, seis cuadras a pie y por último un trole, todo para despistar a la cana. Y mirá vos, la cana estaba en otra cosa.

—¿En qué otra cosa?

—Ah no, viejo. No diré una palabra sin la presencia de mi abogado, que, dicho sea de paso, se fue a Italia y no volvió. Me chismearon que integra el equipo asesor de Berlusconi. Otros, más discretos, lo ubican como experto en la ardua tarea de conchabar niñas orientales con destino al meretricio en Milán.

—¿Meretricio? Debe hacer veinte años que no oía una denominación tan apolillada.

—Fuera de bromas, te aseguro que yo nunca doy crédito a calumnias tan verosímiles.

—¿Qué se habrá hecho del Neme? ¿Sabés algo?

—Ocho años en cana. En Libertad, nada menos. Asistencia a la asociación para delinquir. Y no precisamente por lo del Prado. Salió bien de ánimo, pero físicamente destruido. A los seis meses le falló el *bobo*.

—La puta madre. Todos los días me entero de algo.

—Sí, la puta madre. Y te seguirás enterando.

—Neme, Nemesio, Némesis.

—Eso dijimos aquella tarde, en el del Norte.

—Némesis: venganza. ¿De quién y contra quién?

—La venganza siempre viene de arriba. Cuando los de abajo queremos vengarnos, nos revientan. Inexorablemente.

—¿Será por eso que yo me aburro de mis rencores?

—Puede ser. Yo en cambio los riego todas las tardes. Y es la única herencia que le dejaré a mi hijo: que los siga regando.

En aquel modesto colegio de Villa Muñoz enseñaban diez o doce maestras. Y sólo un maestro. Cuarentón, de mediana estatura, canoso que había sido rubio, manos grandes con dedos afilados como dicen que usan los pianistas, pecoso pero no demasiado, con pantalones anchos y campera estrecha pero de marca, tal vez heredada de algún pariente próspero, fumador empedernido pero nunca en clase, con zapatos trajinados pero siempre lustrosos, y una voz agradable, más bien grave, ante la cual era imposible distraerse.

De nombre, Angelo Casas. Ojo: Angelo, no Ángel. Igual que su abuelo de Udine. Los muchachos le decían «don Angelo» o simplemente «maestro». Todos lo querían, pero Javier lo quería más. Tal vez porque era huérfano y, en su andamiaje personal, don Angelo venía a ocupar el lugar del padre. Lo cierto era que en clase Javier ponía el máximo de atención, aun en aquellas mañanas en que el maestro se dedicaba a leer las rondas de Gabriela Mistral, algo que siempre lo aburría. Dame la mano y danzaremos; dame la mano y me amarás. Años después aprendió a disfrutar de la «otra» Gabriela, la de *Desolación*, pero en aquel entonces apenas si disculpaba

esa insistencia poco menos que obligatoria, sabedor de que una vez al mes no había más remedio: debían cantar a coro con las otras clases, en un alarde de empalago colectivo. Podían haber elegido, por ejemplo, a Juan Cunha. Desde que había encontrado un ejemplar de *Triple tentativa* en la biblioteca del tío Eusebio («Un gato por la azotea. / La noche, parda también. / Un gato por el pretil: / Con su sombra, ya eran dos; / Y, contándole la cola, / Podía pasar por tres»), Javier se había convertido en un devoto de Cunha, aunque éste no escribiera rondas infantiles. La poesía especialmente escrita para niños le producía alergia o más bien un tedio insoportable. Estos autores deben creer que los niños somos idiotas, murmuraba, que sólo entendemos los diminutivos. Y dale con el perrito, el gatito, el lorito, la nenita, el papito. Juan Cunha no, escribía en serio y sin diminutivos.

No obstante, y a pesar de las rondas, a Javier le gustaba don Angelo. El maestro no hablaba nunca de su vida personal. Pero poco a poco ellos habían ido averiguando algunos pormenores. Vivía a siete u ocho cuerdas del colegio. Todavía no sabían si era soltero, viudo o divorciado. Pero no tenía hijos. En la casa (jardincito, fondo con gallinas, patio descubierto y con glorieta) sólo residían él y su madre. No habían averiguado quién era el huésped y quién el anfitrión. La madre era alta y delgada, muy activa. Algunas tardes se sentaba a leer en el jardincito y otras veces se entretenía en aporrear un viejo piano que tenían en la salita, junto al balcón. Su repertorio se componía de milongas criollas, algún chamamé (su preferido era *El rancho de la cambicha*) y sobre todo canzonetas napolitanas (*O sole mio*, *Catari*), pero no

cantaba, simplemente teclaba la melodía, cortedad que el vecindario (sin decírselo, claro) le agradecía.

A los pocos meses de conocer al maestro, y sobre todo después de enterarse de que tenía madre pero no mujer, a Javier le vino una inspiración. ¡Su madre, claro! ¿Cómo no se le había ocurrido antes? Su madre llevaba varios años de viudez, era joven aún y al menos a Javier le parecía linda. Y simpática. Y alegre. Una persona que sabía reírse. Y contagiaba la risa. Cuando el padre de Javier murió, Nieves había pasado dos años sin reírse. Toda la casa callaba, primero de rabia y después de tristeza. Sin la alegría de Nieves, aquello no era hogar. Ni familia. Gervasio y Fernanda, los dos hermanos mayores de Javier, no paraban en casa. Esto es un velorio, decían. Y fue precisamente gracias a Javier, que la madre recuperó su risa.

A Javier le atraía la historia y, aunque nada de eso figuraba en los programas de primaria, siempre conseguía que alguien le prestara manuales sobre Egipto, Grecia, Roma, etcétera, y a menudo escribía breves resúmenes sobre figuras como Alejandro Magno o Julio César y hasta dibujaba prolijamente mapas que luego mostraba a don Angelo, que siempre lo estimulaba pero no dejaba de corregirle los errores. En cierta ocasión estuvo diez días trazando un complicado mapa sobre las guerras púnicas y en el ángulo superior izquierdo dejó libre un recuadro para dibujar el título. Cuando hubo concluido la faena y antes de llevárselo al maestro, se lo mostró a Nieves y ahí fue cuando ella recuperó su risa. Porque el título del vistoso recuadro decía *gerras púnicas*. «¿Dónde dejaste la U?» preguntó la madre en mitad de

su risa, pero en seguida se arrepintió porque la expresión de Javier era de casi llanto. Quiso enmendarla y fue peor: «Pero, Javier, el mapa está lindísimo y, después de todo, el título lo podés corregir. Dibujás otro recuadro y lo pegás encima y así podés llevárselo al maestro». «No», murmuró Javier, «quedaría muy desprolijo». Y en medio de su tercer puchero pudo esbozar una sonrisa. «Al menos sirvió para que volvieras a reír, Nieves.» Siempre la llamaba por su nombre. Le parecía ridículo decirle mamá o mami. Entonces Nieves lo abrazó, porque era cierto, había recobrado su risa y se sentía mejor, mucho mejor, como si hubiera recobrado también su identidad. «También tu padre disfrutaba cuando yo reía. Pero en todo este tiempo no podía, no es que me lo propusiera, sencillamente no podía. Fijate que mi luto no fue vestirme de negro sino quedarme sin risa. Y ahora por suerte volví a reír. Gracias a vos, Javier.» Pero él no le llevó al maestro sus *gerras púnicas* ni tampoco rehízo el recuadro con el título mutilado. Arrolló cuidadosamente el mapa, lo sujetó con una banda elástica, lo metió en el ropero y allí quedó.

Sin embargo, ese episodio terminó de convencerlo de que su proyecto era viable. Era esencial que don Angelo y Nieves se casaran. Es claro que, como primera medida, tenían que conocerse, y eso no era tan fácil. Según la peculiar e interesada óptica de Javier, hacían muy buena pareja. Y además cumplían con los requisitos que siempre había escuchado como imprescindibles. Él era un poco más alto que ella, digamos unos diez centímetros. Tres años más viejo. Y ambos eran flacos, o sea que no tendrían que hacer tratamiento para adelgazar.

Tuvo que esperar tres meses, exactamente hasta la fiestita de fin de cursos. Nieves no quería ir, estaba muy ocupada con unos arreglos de la casa. Tampoco prometieron concurrir los hermanos de Javier.

—Nunca insististe para que fuéramos a esa basura de fiesta. ¿Qué bicho te ha picado este año?

Javier aceptó que sus hermanos le negaran apoyo, pero su asedio a la madre se volvió poco menos que insoportable.

—Van a asistir todas las madres, sólo vos vas a faltar, don Angelo se va a ofender.

—Pero, Javier, si el maestro es tan bueno como vos siempre me contás, no se va a molestar porque falte una de las madres, sobre todo si vos le explicás que tengo mucho trabajo en la casa.

—No, Nieves, no lo va a entender, porque durante el año me trató muy bien, me ayudó muchísimo, me ha inculcado [dijo así: inculcado] el gusto por la lectura, si te fijás tengo mucho mejores notas que en años anteriores, cuando sólo tuve maestras.

Y se puso solemne para añadir un argumento irrefutable:

—Y eso, todo eso, una madre tiene que agradecerlo.

Paradójicamente, fue esa última cursilería la que convenció a Nieves y decidió ir a la fiestita.

¡Y Nieves y don Angelo al fin se conocieron! Javier los distinguía desde lejos (no podía estar con ellos, porque participaba en el *acto artístico*, recitando tres sonetos, de quién iba a ser, de Juan Cunha), veía que conversaban animadamente y fue concibiendo tantas esperanzas, que

al final trabucó dos tercetos de su poeta dilecto, aunque por fortuna nadie se dio cuenta.

Cuando estuvieron de vuelta en la casa, Javier, radiante, se enfrentó a Nieves: ¿Y qué tal? ¿Qué le había parecido el maestro? Nieves hizo un extraño movimiento (que para el hijo resultó indescifrable) con las manos y dijo que parecía buena gente, que era amable, que indudablemente disfrutaba enseñando, pero cuando se saludaron se dio cuenta de que tenía las manos húmedas, como sudadas a pesar del aire fresco, y ella siempre había sentido un inevitable rechazo hacia las personas con las manos sudadas.

—Pero, Javier, no te preocupes, eso es sólo una manía personal y estoy segura de que don Angelo es un maestro excelente.

Javier bajó los ojos, se miró las puntas de sus zapatos de domingo, que aún conservaban un poco de la tierra roja del patio del colegio. Y así, mediante un suspiro profundo y desolado, puso punto final a uno de los más ambiciosos proyectos de su vida.